

Dios Revelado en Jesucristo

Una introducción a la fe
trinitaria



COMUNIÓN DE GRACIA
I N T E R N A C I O N A L

Si queremos la imagen más precisa de Dios, no necesitamos buscar más allá de Jesucristo. En Jesús encontramos a Dios como realmente es. «El que me ha visto a mí», dijo Jesús, «ha visto al Padre» (Juan 14:9).

Jesucristo es la revelación perfecta del Padre. «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo [Jesús]... le ha dado a conocer» (Juan 1:18). A través de las palabras y acciones de Jesús, escuchamos y vemos lo que más importa a todo ser humano: que Dios Padre nos ama incondicionalmente. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16).

Incluso en nuestros peores momentos, Dios nos ama. Juan continúa: «Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (versículo 17). El Padre envió a Jesús por su amor y su compromiso de salvarnos.

Basado en la Trinidad Jesús es la autorrevelación de Dios al mundo. Dios se ha abierto paso hasta nosotros al enviar a su Hijo eterno a nuestro mundo. Jesús defendió el entendimiento de que el único Dios es el objeto de nuestro amor y adoración (Marcos 12:29-31).

Jesús enfatizó que Dios (Padre, Hijo y Espíritu Santo) estaba reconciliando a la humanidad consigo mismo. Por eso instruyó a sus seguidores a acoger a las personas en una relación correcta con Dios bautizándolas en el nombre del

Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mateo 28:19).

El Dios que adoramos a través de Jesucristo es el Dios Trino. La doctrina de la Trinidad es fundamental para entender la Biblia y todos los aspectos de la teología que se derivan de ella. Esa teología comienza con una pregunta esencial de «quién»: «¿Quién es el Dios dado a conocer en Jesucristo, y quiénes somos nosotros en relación con él?»

La fe trinitaria se basa en la creencia en la doctrina de la Trinidad (la enseñanza bíblica de que hay un solo Dios, que es eternamente Padre, Hijo y Espíritu Santo). Además, se refiere a una comprensión cristocéntrica de quién es Dios. Centrado en Cristo Los cristianos reconocemos a Jesús como el centro de nuestra fe y nuestra devoción a Dios. Jesús nos revela cómo es Dios (Juan 6:37). «Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mateo 11:27). La teología trinitaria es, ante todo, cristocéntrica. Jesús es la única Palabra de Dios para la humanidad y la única Palabra de la humanidad para Dios (Juan 1:1-14). Como representante de toda la humanidad, Jesús respondió a Dios perfectamente.

Jesús indica que él es la clave para comprender las Escrituras. En Juan 5:39-40, le³dijo a un grupo de líderes religiosos judíos: «Ustedes estudian con diligencia las Escrituras porque creen que en ellas tienen la vida eterna. Estas son las Escrituras que dan testimonio de mí; sin embargo, se niegan a venir a mí para tener vida». Jesús, quien es el centro de las Escrituras, es nuestra fuente de salvación.

Así que buscamos comprender la Biblia a través de la perspectiva de quién es Jesús. Él es la base y la lógica de nuestra fe, pues solo él es la autorrevelación de Dios.

Enfocado en las relacionesLa fe trinitaria es relacional. Incluso antes de la creación, existía una relación de amor entre el Padre y el Hijo (Juan 17:24). Y en Jesús, esa relación de amor se extiende a toda la humanidad. Jesucristo, el único Hijo de Dios, se ha hecho uno con nosotros en nuestra humanidad para representarnos como sus hermanos y hermanas en la misma presencia del Padre (véase Juan 1:14; Efesios 1:9-10, 20-23; Hebreos 2:11, 14).

Los seres humanos se han alejado de Dios y han roto los lazos de comunión con Él. Pero gracias a Jesús, Dios nos ha reconciliado y renovado nuestra relación con él.

No solo eso, sino que al responder a su llamado a compartir esa relación restaurada, él viene a vivir en nosotros por el Espíritu Santo (Romanos 8:9-11). En Jesús y por medio del Espíritu Santo, nos convertimos en hijos queridos de Dios, adoptados por gracia (Romanos 8:15-16).

Esto significa que la vida y la fe cristianas se basan principalmente en cuatro tipos de relaciones personales:

La relación de amor perfecto compartida por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo desde toda la eternidad,

La relación del Hijo eterno con la humanidad, establecida cuando el Hijo se hizo hombre en la persona de Jesús,

La relación de la humanidad con el Padre a través del Hijo y por el Espíritu, y

La relación de los humanos entre sí, en el Espíritu, como hijos

del Padre.

¿Quién es Jesús? “¿Quién eres, Señor?” fue la angustiada pregunta de Pablo en el camino a Damasco, donde fue confrontado por Jesús resucitado (Hechos 9:5). Pasó el resto de su vida respondiendo a esta pregunta y compartiendo la respuesta con todos los que quisieran escuchar. La respuesta, revelada a nosotros en sus escritos y en otras partes de las Escrituras, es el corazón del evangelio y el enfoque de la teología trinitaria.

El Hijo de Dios, quien está unido desde la eternidad al Padre y al Espíritu, ahora también está unido a la humanidad por su encarnación, al hacerse un verdadero ser humano de carne y hueso (Juan 1:14). Resumimos esto diciendo que Jesús es plenamente Dios y plenamente humano. Este hecho nunca cambiará, porque él sigue siendo, en su naturaleza divina y humana, el único mediador entre Dios y la humanidad para siempre (1 Timoteo 2:5).

Su encarnación no terminó con su muerte ni con su ascensión. Continúa para siempre. Resucitó corporalmente y ascendió corporalmente. Regresará corporalmente, igual que partió. Así que, cuando decimos Jesucristo, nos referimos a Dios y también a la humanidad.

Como Dios único (Creador y Sustentador de todo) y también plenamente humano, Jesús es el lugar único de encuentro entre Dios y la humanidad.

Mediante la vida, muerte, resurrección y ascensión de Jesús, Dios y la humanidad se reconciliaron, y la naturaleza humana fue regenerada y hecha nueva (2 Corintios 5:17-18). En Jesucristo, todos los seres humanos se reconcilian con Dios. Como Señor y Salvador de toda la humanidad, abrió el camino para que todos entren en una unión y comunión eterna con Dios.

Encarnación para salvaciónEl milagro de la Encarnación no es algo que sucedió “érase una vez”, algo que ya pasó hace mucho tiempo y que simplemente afectó a una persona, Jesús. Lo que él logró cambió la naturaleza humana misma, cambió la historia, cambió la forma en que todo el cosmos está “conectado”; es una nueva creación (2 Corintios 5:17). La realidad espiritual está, por ahora, oculta en Cristo, y todavía experimentamos los efectos del mal que aún ocurren en este mundo. La Encarnación del Hijo eterno de Dios, entrando en el tiempo y el espacio y asumiendo nuestra naturaleza humana para cambiarlo todo para siempre, remonta a toda la historia humana y se extiende hacia adelante para abarcar todo el tiempo.

Ahora se ha convertido en nuestro Señor y Salvador, no como un agente externo, sino desde dentro, en su humanidad.

Como enseña Pablo, Dios, en Cristo, estaba reconciliando al mundo consigo mismo (2 Corintios 5:19). Pablo habla de esta transformación en Romanos 7:4, donde afirma que, aun estando vivos, ya estamos muertos a la ley por el cuerpo de Cristo. La muerte de Jesús en carne humana por nosotros, aunque un acontecimiento histórico, es una realidad presente que aplica a toda la humanidad (pasada, presente y futura).

«Ustedes murieron», dice Pablo a los colosenses, «y su vida está escondida con Cristo en Dios» (Colosenses 3:3).

Incluso antes de morir físicamente, recibimos nueva vida: somos vivificados con Jesús en su resurrección. La encarnación y la obra expiatoria de Cristo lograron la renovación de nuestra naturaleza humana. En él, Dios reconcilió consigo a todo ser humano, incluso a los que vivieron antes de la venida de Jesús.

En Efesios 2:5-6 leemos que aquellos que confían en Cristo comparten su vida, muerte, resurrección y ascensión. Aquí Pablo afirma que, así como ya estamos muertos en la muerte sustitutiva de Jesús, también hemos sido «vivificados juntamente con él», «resucitados juntamente con él» y «sentados juntamente con él en los lugares celestiales». Todo esto proviene de la gracia de Dios y se experimenta a través de la fe: la fe de Jesús que él comparte con nosotros por el Espíritu.

Jesús, el segundo AdánEn Romanos 5, Pablo se dirige a los creyentes, pero también explica lo que Cristo logró en nombre de toda la humanidad incluso antes de que alguien llegara a la fe en Dios a través de Cristo. Jesucristo murió por las personas que todavía estaban;

“impotentes” e “impíos” (versículo 6).

“pecadores” (versículo 8).

“enemigos de Dios” (versículo 10).

Dios realizó su gran obra por nosotros por su amor, incluso cuando aún éramos pecadores (versículo 8). El resultado fue que, aun siendo enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo (versículo 10).

Pablo continúa explicando que lo que Jesucristo logró como el segundo Adán contrarresta lo que hizo el primer Adán. A través de Cristo, como la nueva cabeza de toda la humanidad, «la gracia de Dios y el don que vino por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, abundaron para muchos» (versículo 15).

Pablo continúa:

El don «trajo justicia» en lugar de condenación (versículo 16).

«Los que reciben la abundante provisión de la gracia de Dios y del don de la justicia reinan en vida por medio de un solo hombre, Jesucristo» (versículo 17).

«Un acto justo resultó en la justificación y vida para todos los hombres» (versículo 18).

«Por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos» (versículo 19).

«La gracia abundó aún más» para que «la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro» (versículos 20-21).

Dios hizo todo esto por nosotros incluso antes de que naciéramos. El beneficio de lo que Jesús hizo hace tanto tiempo se extiende al pasado, al presente y al futuro. Pablo dice: «¡Cuánto más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida!» (versículo 10).

Esto demuestra que la salvación no es un evento único, sino

una relación duradera que Dios tiene con toda la humanidad, una relación formada dentro de la persona de Jesucristo, quien ha unido a Dios y a la humanidad en paz.

Jesús no simplemente ha hecho algo por nosotros, ha hecho algo con nosotros al incluirnos en su vida, muerte, resurrección y ascensión. Pablo explica esto en Efesios 2:4-6:

Cuando Jesús murió, nosotros, en nuestra naturaleza humana pecadora, morimos con él.

Cuando Jesús resucitó, nosotros, en nuestra naturaleza humana reconciliada, resucitamos con él.

Cuando Jesús ascendió, nosotros, en nuestra naturaleza humana redimida, ascendimos y nos sentamos con él a la derecha del Padre.

Todo lo que Dios ha hecho en Cristo nos muestra la mente, el corazón y el carácter del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Dios está del lado de su pueblo y de toda su creación. Dios está con nosotros, incluso antes de que le respondamos (versículo 5). Él ha provisto reconciliación y vida eterna en comunión consigo mismo para cada ser humano.

Para toda la humanidad Mientras Jesús se dirigía a Jerusalén para su última Pascua con sus discípulos, la multitud gritaba: "¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el Rey de Israel!" (Juan 12:13).

Poco después, anunció su muerte inminente a quienes subieron al Templo a adorar. Jesús invocó al Padre: «¡Padre, glorifica tu nombre!». Una voz atronadora resonó entre la multitud: «Lo he glorificado y lo glorificaré de nuevo»

(versículo 29).

Jesús les dijo que la voz era para su beneficio y que el juicio de Dios sobre el mal había llegado para expulsar al príncipe de este mundo (versículos 30-31). También dijo: «Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (versículo 32). Jesús venció el mal para atraer a todos hacia sí.

Los apóstoles creían que Jesús murió para redimirnos a todos:

2 Corintios 5:14: “El amor de Cristo nos constriñe, porque somos convencidos de que uno murió por todos, y por lo tanto todos murieron”.

Colosenses 1:19-20: “Porque agradó a Dios que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.”

1 Timoteo 2:3-6: «Esto es bueno y agradable a Dios nuestro Salvador, quien quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad. Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre¹⁶ Dios y los hombres, Jesucristo hombre, quien se dio a sí mismo en rescate por todos».

1 Timoteo 4:9-10: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos... hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo, que es el Salvador de todos los hombres, especialmente de los que creen”.

Hebreos 2:9: “Vemos a Jesús, quien... padeció la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos”.

1 Juan 2:2: “[Jesús es] el sacrificio por el perdón de nuestros pecados, y no solo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”.

Estos pasajes muestran que Jesús murió por toda la humanidad, en su lugar y por ella. Jesús hizo por nosotros, como uno de nosotros, lo que nosotros nunca podríamos hacer por nosotros mismos. Esto es lo que significa la humanidad vicaria de Jesús (la palabra vicario se refiere a un sustituto representativo).

En nuestro lugar y en nuestro nombreA lo largo del libro de Hebreos, Jesús es presentado como nuestro gran Sumo Sacerdote, representante de toda la humanidad, quien, en nuestro nombre, nos da una respuesta perfecta a Dios. Se le presenta como quien está entre nosotros, en medio de la congregación, y quien nos guía en la adoración (Hebreos 2:12-13).

Nos representa como nuestro hermano mayor. Se ha hecho uno de nosotros, compartiendo nuestra misma naturaleza, aprendiendo obediencia, siendo tentado como nosotros, pero venciendo esa tentación a la perfección (Hebreos 2:14-18; 4:15).

El teólogo Thomas Torrance explicó esto así:

«Jesús interviene en la situación real en la que estamos

llamados a tener fe en Dios, a creer y confiar en él, y actúa en nuestro lugar y desde lo más profundo de nuestra infidelidad, proporcionándonos gratuitamente una fidelidad de la que podemos compartir... Es decir, si pensamos en la creencia, la confianza o la fe como formas de la actividad humana ante Dios, entonces debemos pensar en Jesucristo como alguien que cree, confía o tiene fe en Dios Padre en nuestro nombre y en nuestro lugar» (La mediación de Cristo, pág. 82).

Jesús es quien, a medida que respondemos, perfecciona nuestra fe y nos santifica (Hebreos 12:2; 2:11; 10:10, 14). Actuó como uno de nosotros «en nuestro lugar» o «en nuestro nombre» (Hebreos 2:9; 5:1; 6:20; 7:25, 27; 9:7).

La respuesta de la fe Entonces, ¿cómo compartimos personalmente todo lo que Cristo ha hecho por nosotros en su gracia? ¿Cómo podemos participar y estar en comunión con Dios, quien ya nos ha reconciliado consigo mismo?

Lo hacemos confiando en él, creyendo que él, por gracia, ha logrado por nosotros todo lo necesario para nuestra salvación. En resumen, decimos que somos salvos por gracia mediante la fe (Efesios 2:8).

¿Significa esto que somos salvos por una fe que cultivamos? ¿Depende nuestra salvación de cuán grande y sincero sea nuestro arrepentimiento o nuestra fe? No, porque entonces la salvación dependería de algo que hagamos, en lugar de depender solo de la gracia.

La buena noticia es que nuestra salvación no depende de lo que hagamos; no depende de la fuerza de nuestra fe ni de nuestro arrepentimiento. Depende de la fuerza de nuestro Salvador, de su fidelidad. Él murió por nosotros. El don nos ha sido dado; nuestro arrepentimiento y nuestra fe son simplemente respuestas a lo que Dios nos ha dado. Son la manera en que aceptamos y recibimos el don gratuito.

Jesús ha hecho todo lo necesario para nuestra salvación de principio a fin, por lo que incluso nuestras respuestas de arrepentimiento y fe son dones que nos permiten participar de las respuestas perfectas que Jesús nos ha dado como nuestro fiel mediador.

Como explicó Thomas Torrance: «Si queremos pensar en la fe como una actividad humana, debemos pensar que Jesús también lo hizo por nosotros. Así como murió por nosotros, vivió con rectitud por nosotros».

Como nuestro representante, presenta a Dios una respuesta perfecta en nombre de toda la humanidad.

Somos salvos por su obediencia (Romanos 5:19), y eso incluye su fe. Nuestra salvación descansa en Jesús, el fundamento perfecto.

13

Como nuestro Sumo Sacerdote, Jesús toma nuestras respuestas, las perfecciona y las entrega al Padre, todo en el Espíritu. Como nuestro mediador (1 Timoteo 2:5), nos ministra de parte de Dios y nos representa en nuestra relación con Él. Por eso, nos unimos a él en su respuesta.

El papel de la elección humana Lo que Dios ha hecho en Cristo para reconciliarnos consigo mismo exige una respuesta. Se nos invita a aceptarlo, a acogerlo y a recibirlo. Lo hacemos confiando en él y en lo que ha logrado por nosotros. El Espíritu Santo nos capacita para aceptar libremente la verdad y caminar en ella. Pero Dios no nos obliga a aceptar la verdad de su amor por nosotros.

Un amor que obligara a un amor recíproco no sería amoroso. El amor de Dios exige, entonces, nuestra decisión de recibir libremente y amar libremente a Dios a cambio.

Nuestra elección es afirmar o negar la realidad de que Dios nos ama y ha dispuesto todo para que seamos sus hijos. Negar esta verdad tiene consecuencias, pero no cambiará la realidad de lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo ni, por lo tanto, quiénes somos en Cristo.

Los seres humanos eligen aceptar quién es Cristo o intentar vivir negándolo.

La verdadera libertad se encuentra en Dios, como nos recuerda el teólogo Karl Barth:

«La verdadera libertad del hombre se decide por el hecho de que Dios es su Dios. En libertad¹⁴, solo puede elegir ser el hombre de Dios, es decir, estar agradecido a Dios. Con cualquier otra opción, simplemente estaría tanteando en el vacío, traicionando y destruyendo su verdadera humanidad. En lugar de elegir la libertad, estaría eligiendo la esclavitud» (Dogmática de la Iglesia IV.1, pág. 43).

Entonces, ¿cuál es nuestro lugar en todo esto?

Elegimos aceptar a Jesús y todo lo que ofrece o rechazarlo. A través del Espíritu, Dios Padre llama a todas las personas a depositar su confianza en Jesús con un corazón agradecido y esperanzado, y a compartir con otros creyentes en el Cuerpo de Cristo, que es la iglesia.

Al celebrar juntos en comunidades de fe y adoración, nuestras vidas se transforman.

Respuesta personal Jesús llamó a la gente a arrepentirse y creer (Marcos 1:15). La iglesia primitiva continuó este mensaje, llamando a la gente a arrepentirse, a ser bautizada (Hechos 2:38) y a ser transformada (3:19).

Nuestra respuesta es importante. El apóstol Pablo escribe en Romanos 5:17 que: “Los que recibieren la abundante provisión de la gracia de Dios y del don gratuito de la justicia reinarán en la vida”.

La gracia abundante y gratuita nos llama a recibirla en la fe. En Romanos 5, Pablo entrelaza:

Elementos de la realidad realizada por Cristo en nombre de toda la humanidad, y

Nuestra respuesta y participación en esa relación y realidad.

Debemos tener cuidado de no confundir lo que es verdad en Jesús para toda la humanidad con la respuesta de cada persona a esa verdad.

El don de Dios se ofrece a todos para que todos lo reciban. Se recibe al tener fe en lo que Dios, en Cristo, mediante el Espíritu Santo, ha hecho por nosotros.

Es por la fe en la gracia de Dios que comenzamos a participar en la relación que Jesús restauró y a recibir los beneficios que conlleva.

¿Significa esto que somos salvos por una fe que cultivamos? ¿Depende nuestra salvación de cuán grande y sincero sea nuestro arrepentimiento o nuestra fe? No, porque entonces la salvación dependería de algo que hagamos, en lugar de depender solo de la gracia.

La buena noticia es que nuestra salvación no depende de lo que hagamos; no depende de la fuerza de nuestra fe ni de nuestro arrepentimiento. Depende de la fuerza de nuestro Salvador, de su fidelidad. Él murió por nosotros. El don nos ha sido dado; nuestro arrepentimiento y nuestra fe son simplemente respuestas a lo que Dios nos ha dado.

Jesús ha hecho todo lo necesario para nuestra salvación de principio a fin, por lo que incluso nuestras respuestas de arrepentimiento y fe son dones que nos permiten participar de las respuestas perfectas que Jesús nos ha dado como nuestro fiel mediador.

Como explicó Thomas Torrance: «Si queremos pensar en la fe como una actividad humana, debemos pensar que Jesús también lo hizo por nosotros. Así como murió por nosotros, vivió con rectitud por nosotros».

Como nuestro representante, presenta a Dios una respuesta perfecta en nombre de toda la humanidad.

Somos salvos por su obediencia (Romanos 5:19), y eso incluye su fe. Nuestra salvación descansa en Jesús, el fundamento perfecto.

Como nuestro Sumo Sacerdote, Jesús toma nuestras respuestas, las perfecciona y las entrega al Padre, todo en el Espíritu. Como nuestro mediador (1 Timoteo 2:5), nos ministra de parte de Dios y nos representa en nuestra relación con Él. Por eso, nos unimos a él en su respuesta.

El papel de la elección humanaLo que Dios ha hecho en Cristo para reconciliarnos consigo mismo exige una respuesta.

Se nos invita a aceptarlo, a acogerlo y a recibirlo.

Lo hacemos confiando en él y en lo que ha logrado por nosotros. El Espíritu Santo nos capacita para aceptar libremente la verdad y caminar en ella.

Pero Dios no nos obliga a aceptar la verdad de su amor por nosotros.

Un amor que obligara a un amor recíproco no sería amoroso. El amor de Dios exige, entonces, nuestra decisión de recibir libremente y amar libremente a Dios a cambio.

Nuestra elección es afirmar o negar la realidad de que Dios nos ama y ha dispuesto todo para que seamos sus hijos.

Negar esta verdad tiene consecuencias, pero no cambiará la realidad de lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo ni, por lo tanto, quiénes somos en Cristo.

Los seres humanos eligen aceptar quién es Cristo o intentar vivir negándolo.

La verdadera libertad se encuentra en Dios, como nos recuerda el teólogo Karl Barth:

«La verdadera libertad del hombre se decide por el hecho de que Dios es su Dios. En libertad, solo puede elegir ser el hombre de Dios, es decir, estar agradecido a Dios. Con cualquier otra opción, simplemente estaría tanteando en el vacío, traicionando y destruyendo su verdadera humanidad. En lugar de elegir la libertad, estaría eligiendo la esclavitud» (Dogmática de la Iglesia IV.1, pág. 43).

Entonces, ¿cuál es nuestro lugar en todo esto?

Elegimos aceptar a Jesús y todo lo que ofrece o rechazarlo. A través del Espíritu, Dios Padre llama a todas las personas a depositar su confianza en Jesús con un corazón agradecido y esperanzado, y a compartir con otros creyentes en el Cuerpo de Cristo, que es la iglesia.

Al celebrar juntos en comunidades de fe y adoración, nuestras vidas se transforman.

Respuesta personal Jesús llamó a la gente a arrepentirse y creer (Marcos 1:15). La iglesia¹⁸ primitiva continuó este mensaje, llamando a la gente a arrepentirse, a ser bautizada (Hechos 2:38) y a ser transformada (3:19).

Nuestra respuesta es importante. El apóstol Pablo escribe en Romanos 5:17 que:“Los que recibieren la abundante provisión de la gracia de Dios y del don gratuito de la justicia reinarán en la vida”.

La gracia abundante y gratuita nos llama a recibirla en la fe. En Romanos 5, Pablo entrelaza:

Elementos de la realidad realizada por Cristo en nombre de toda la humanidad, y

Nuestra respuesta y participación en esa relación y realidad.

Debemos tener cuidado de no confundir lo que es verdad en Jesús para toda la humanidad con la respuesta de cada persona a esa verdad.

El don de Dios se ofrece a todos para que todos lo reciban. Se recibe al tener fe en lo que Dios, en Cristo, mediante el Espíritu Santo, ha hecho por nosotros.

Es por la fe en la gracia de Dios que comenzamos a participar en la relación que Jesús restauró y a recibir los beneficios que conlleva.

¿Significa esto que somos salvos por una fe que cultivamos?
¿Depende nuestra salvación de cuán grande y sincero sea nuestro arrepentimiento o nuestra fe? No, porque entonces la salvación dependería de algo que hagamos, en lugar de depender solo de la gracia.

La buena noticia es que nuestra salvación no depende de lo que hagamos; no depende de la fuerza de nuestra fe ni de nuestro arrepentimiento. Depende de la fuerza de nuestro Salvador, de su fidelidad. Él murió por nosotros. El don nos ha sido dado; nuestro arrepentimiento y nuestra fe son simplemente respuestas a lo que Dios nos ha dado.

Jesús ha hecho todo lo necesario para nuestra salvación de principio a fin, por lo que incluso nuestras respuestas de arrepentimiento y fe son dones que nos permiten participar de las respuestas perfectas que Jesús nos ha dado como nuestro fiel mediador.

Como explicó Thomas Torrance: «Si queremos pensar en la fe como una actividad humana, debemos pensar que Jesús también lo hizo por nosotros. Así como murió por nosotros, vivió con rectitud por nosotros».

Como nuestro representante, presenta a Dios una respuesta perfecta en nombre de toda la humanidad.

Somos salvos por su obediencia (Romanos 5:19), y eso incluye su fe. Nuestra salvación descansa en Jesús, el fundamento perfecto.

Como nuestro Sumo Sacerdote, Jesús toma nuestras respuestas, las perfecciona y las entrega al Padre, todo en el Espíritu. Como nuestro mediador (1 Timoteo 2:5), nos ministra de parte de Dios y nos representa en nuestra relación con Él. Por eso, nos unimos a él en su respuesta.

El papel de la elección humana Lo que Dios ha hecho en Cristo para reconciliarnos consigo mismo exige una respuesta.

Se nos invita a aceptarlo, a acogerlo y a recibirlo.

Lo hacemos confiando en él y en lo que ha logrado por nosotros. El Espíritu Santo nos capacita para aceptar libremente la verdad y caminar en ella.

Pero Dios no nos obliga a aceptar la verdad de su amor por nosotros.

Un amor que obligara a un amor recíproco no sería amoroso. El amor de Dios exige, entonces, nuestra decisión de recibir libremente y amar libremente a Dios a cambio.

Nuestra elección es afirmar o negar la realidad de que Dios nos ama y ha dispuesto todo para que seamos sus hijos.

Negar esta verdad tiene consecuencias, pero no cambiará la realidad de lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo ni, por lo tanto, quiénes somos en Cristo.

Los seres humanos eligen aceptar quién es Cristo o intentar vivir negándolo.

La verdadera libertad se encuentra en Dios, como nos recuerda el teólogo Karl Barth:

«La verdadera libertad del hombre se decide por el hecho de que Dios es su Dios. En libertad, solo puede elegir ser el hombre de Dios, es decir, estar agradecido a Dios. Con cualquier otra opción, simplemente estaría tanteando en el vacío, traicionando y destruyendo su verdadera humanidad. En lugar de elegir la libertad, estaría eligiendo la esclavitud» (Dogmática de la Iglesia IV.1, pág. 43).

Entonces, ¿cuál es nuestro lugar en todo esto?

Elegimos aceptar a Jesús y todo lo que ofrece o rechazarlo. A través del Espíritu, Dios Padre llama a todas las personas a depositar su confianza en Jesús con un corazón agradecido y esperanzado, y a compartir con otros creyentes en el Cuerpo de Cristo, que es la iglesia.

Al celebrar juntos en comunidades de fe y adoración, nuestras vidas se transforman.

Respuesta personal: Jesús llamó a la gente a arrepentirse y creer (Marcos 1:15). La iglesia primitiva continuó este mensaje, llamando a la gente a arrepentirse, a ser bautizada (Hechos 2:38), y a ser transformada (3:19).

Nuestra respuesta es importante. El apóstol Pablo escribe en Romanos 5:17 que: “Los que recibieren la abundante provisión de la gracia de Dios y del don gratuito de la justicia reinarán en la vida”.

La gracia abundante y gratuita nos llama a recibirla en la fe. En Romanos 5, Pablo entrelaza:

Elementos de la realidad realizada por Cristo en nombre de toda la humanidad, y

Nuestra respuesta y participación en esa relación y realidad.

22

Debemos tener cuidado de no confundir lo que es verdad en Jesús para toda la humanidad con la respuesta de cada persona a esa verdad.

El don de Dios se ofrece a todos para que todos lo reciban. Se recibe al tener fe en lo que Dios, en Cristo, mediante el Espíritu Santo, ha hecho por nosotros.

Es por la fe en la gracia de Dios que comenzamos a participar en la relación que Jesús restauró y a recibir los beneficios que conlleva.

¿Significa esto que somos salvos por una fe que cultivamos? ¿Depende nuestra salvación de cuán grande y sincero sea nuestro arrepentimiento o nuestra fe? No, porque entonces la salvación dependería de algo que hagamos, en lugar de depender solo de la gracia.

La buena noticia es que nuestra salvación no depende de lo que hagamos; no depende de la fuerza de nuestra fe ni de nuestro arrepentimiento. Depende de la fuerza de nuestro Salvador, de su fidelidad. Él murió por nosotros. El don nos ha sido dado; nuestro arrepentimiento y nuestra fe son simplemente respuestas a lo que Dios nos ha dado.

Jesús ha hecho todo lo necesario para nuestra salvación de principio a fin, por lo que incluso nuestras respuestas de arrepentimiento y fe son dones que nos permiten participar de las respuestas perfectas que Jesús nos ha dado como nuestro fiel mediador.

Como explicó Thomas Torrance: «Si queremos pensar en la fe como una actividad humana, debemos pensar que Jesús también lo hizo por nosotros. Así como murió por nosotros, vivió con rectitud por nosotros».

Como nuestro representante, presenta a Dios una respuesta perfecta en nombre de toda la humanidad.

Somos salvos por su obediencia (Romanos 5:19), y eso incluye su fe. Nuestra salvación descansa en Jesús, el

fundamento perfecto.

Como nuestro Sumo Sacerdote, Jesús toma nuestras respuestas, las perfecciona y las entrega al Padre, todo en el Espíritu. Como nuestro mediador (1 Timoteo 2:5), nos ministra de parte de Dios y nos representa en nuestra relación con Él. Por eso, nos unimos a él en su respuesta.

El papel de la elección humana Lo que Dios ha hecho en Cristo para reconciliarnos consigo mismo exige una respuesta.

Se nos invita a aceptarlo, a acogerlo y a recibirlo.

Lo hacemos confiando en él y en lo que ha logrado por nosotros. El Espíritu Santo nos capacita para aceptar libremente la verdad y caminar en ella.

Pero Dios no nos obliga a aceptar la verdad de su amor por nosotros.

Un amor que obligara a un amor recíproco no sería amoroso. El amor de Dios exige, entonces, nuestra decisión de recibir libremente y amar libremente a Dios a cambio.

Nuestra elección es afirmar o negar la realidad de que Dios nos ama y ha dispuesto todo para que seamos sus hijos.

Negar esta verdad tiene consecuencias, pero no cambiará la realidad de lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo ni, por lo tanto, quiénes somos en Cristo.

Los seres humanos eligen aceptar quién es Cristo o intentar vivir negándolo.

La verdadera libertad se encuentra en Dios, como nos recuerda el teólogo Karl Barth:

«La verdadera libertad del hombre se decide por el hecho de que Dios es su Dios. En libertad, solo puede elegir ser el hombre de Dios, es decir, estar agradecido a Dios. Con cualquier otra opción, simplemente estaría tanteando en el vacío, traicionando y destruyendo su verdadera humanidad. En lugar de elegir la libertad, estaría eligiendo la esclavitud» (Dogmática de la Iglesia IV.1, pág. 43).

Entonces, ¿cuál es nuestro lugar en todo esto?

Elegimos aceptar a Jesús y todo lo que ofrece o rechazarlo. A través del Espíritu, Dios Padre llama a todas las personas a depositar su confianza en Jesús con un corazón agradecido y esperanzado, y a compartir con otros creyentes en el Cuerpo de Cristo, que es la iglesia.

Al celebrar juntos en comunidades de fe y adoración, nuestras vidas se transforman.

Respuesta personal Jesús llamó a la gente a arrepentirse y creer (Marcos 1:15). La iglesia primitiva continuó este mensaje, llamando a la gente a arrepentirse, a ser bautizada (Hechos 2:38), y a ser transformada (3:19).

Nuestra respuesta es importante. El apóstol Pablo escribe en Romanos 5:17 que: “Los que recibieren la abundante provisión de la gracia de Dios y del don gratuito de la justicia reinarán en la vida”.

La gracia abundante y gratuita nos llama a recibirla en la fe. En Romanos 5, Pablo entrelaza:

Elementos de la realidad realizada por Cristo en nombre de toda la humanidad, y

Nuestra respuesta y participación en esa relación y realidad.

Debemos tener cuidado de no confundir lo que es verdad en Jesús para toda la humanidad con la respuesta de cada persona a esa verdad.

El don de Dios se ofrece a todos para que todos lo reciban. Se recibe al tener fe en lo que Dios, en Cristo, mediante el Espíritu Santo, ha hecho por nosotros.

Es por la fe en la gracia de Dios que comenzamos a participar en la relación que Jesús restauró y a recibir los beneficios que conlleva.

¿Significa esto que somos salvos por una fe que cultivamos? ¿Depende nuestra salvación de cuán grande y sincero sea nuestro arrepentimiento o nuestra fe? No, porque entonces la salvación dependería de algo que hagamos, en lugar de depender solo de la gracia.

La buena noticia es que nuestra salvación no depende de lo que hagamos; no depende de la fuerza de nuestra fe ni de nuestro arrepentimiento. Depende de la fuerza de nuestro Salvador, de su fidelidad. Él murió por nosotros. El don nos ha sido dado; nuestro arrepentimiento y nuestra fe son simplemente respuestas a lo que Dios nos ha dado.

Jesús ha hecho todo lo necesario para nuestra salvación de principio a fin, por lo que incluso nuestras respuestas de arrepentimiento y fe son dones que nos permiten participar de las respuestas perfectas que Jesús nos ha dado como nuestro fiel mediador.

Como explicó Thomas Torrance: «Si queremos pensar en la fe como una actividad humana, debemos pensar que Jesús también lo hizo por nosotros. Así como murió por nosotros, vivió con rectitud por nosotros».

Como nuestro representante, presenta a Dios una respuesta perfecta en nombre de toda la humanidad.

Somos salvos por su obediencia (Romanos 5:19), y eso incluye su fe. Nuestra salvación descansa en Jesús, el fundamento perfecto.

Como nuestro Sumo Sacerdote, Jesús toma nuestras respuestas, las perfecciona y las entrega al Padre, todo en el Espíritu. Como nuestro mediador (1 Timoteo 2:5), nos ministra de parte de Dios y nos representa en nuestra relación con Él. Por eso, nos unimos a él en su respuesta.

El papel de la elección humana Lo que Dios ha hecho en Cristo para reconciliarnos consigo mismo exige una respuesta.

Se nos invita a aceptarlo, a acogerlo y a recibirlo.

Lo hacemos confiando en él y en lo que ha logrado por nosotros. El Espíritu Santo nos²⁷ capacita para aceptar libremente la verdad y caminar en ella.

Pero Dios no nos obliga a aceptar la verdad de su amor por nosotros.

Un amor que obligara a un amor recíproco no sería amoroso. El amor de Dios exige, entonces, nuestra decisión de recibir libremente y amar libremente a Dios a cambio.

Nuestra elección es afirmar o negar la realidad de que Dios nos ama y ha dispuesto todo para que seamos sus hijos. Negar esta verdad tiene consecuencias, pero no cambiará la realidad de lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo ni, por lo tanto, quiénes somos en Cristo.

Los seres humanos eligen aceptar quién es Cristo o intentar vivir negándolo.

La verdadera libertad se encuentra en Dios, como nos recuerda el teólogo Karl Barth:

«La verdadera libertad del hombre se decide por el hecho de que Dios es su Dios. En libertad, solo puede elegir ser el hombre de Dios, es decir, estar agradecido a Dios. Con cualquier otra opción, simplemente estaría tanteando en el vacío, traicionando y destruyendo su verdadera humanidad. En lugar de elegir la libertad, estaría eligiendo la esclavitud» (Dogmática de la Iglesia IV.1, pág. 43).

Entonces, ¿cuál es nuestro lugar en todo esto?

Elegimos aceptar a Jesús y todo lo que ofrece o rechazarlo. A través del Espíritu, Dios Padre llama a todas las personas a depositar su confianza en Jesús con un corazón agradecido y esperanzado, y a compartir con otros creyentes en el Cuerpo de Cristo, que es la iglesia. ²⁸

Al celebrar juntos en comunidades de fe y adoración, nuestras vidas se transforman.

Respuesta personal Jesús llamó a la gente a arrepentirse y creer (Marcos 1:15). La iglesia primitiva continuó este mensaje, llamando a la gente a arrepentirse, a ser bautizada (Hechos 2:38), y a ser transformada (3:19).

Nuestra respuesta es importante. El apóstol Pablo escribe en Romanos 5:17 que: “Los que recibieren la abundante provisión de la gracia de Dios y del don gratuito de la justicia reinarán en la vida”.

La gracia abundante y gratuita nos llama a recibirla en la fe. En Romanos 5, Pablo entrelaza:

Elementos de la realidad realizada por Cristo en nombre de toda la humanidad, y

Nuestra respuesta y participación en esa relación y realidad.

Debemos tener cuidado de no confundir lo que es verdad en Jesús para toda la humanidad con la respuesta de cada persona a esa verdad.

El don de Dios se ofrece a todos para que todos lo reciban. Se recibe al tener fe en lo que Dios, en Cristo, mediante el Espíritu Santo, ha hecho por nosotros.

Es por la fe en la gracia de Dios que comenzamos a participar en la relación que Jesús restauró y a recibir los beneficios que conlleva.

¿Significa esto que somos salvos por una fe que cultivamos? ¿Depende nuestra salvación de cuán grande y sincero sea nuestro arrepentimiento o nuestra fe? No, porque entonces la salvación dependería de algo ²⁹que hagamos, en lugar de depender solo de la gracia.

La buena noticia es que nuestra salvación no depende de lo que hagamos; no depende de la fuerza de nuestra fe ni de nuestro arrepentimiento. Depende de la fuerza de nuestro Salvador, de su fidelidad. Él murió por nosotros. El don nos ha sido dado; nuestro arrepentimiento y nuestra fe son

simplemente respuestas a lo que Dios nos ha dado.

Jesús ha hecho todo lo necesario para nuestra salvación de principio a fin, por lo que incluso nuestras respuestas de arrepentimiento y fe son dones que nos permiten participar de las respuestas perfectas que Jesús nos ha dado como nuestro fiel mediador.

Como explicó Thomas Torrance: «Si queremos pensar en la fe como una actividad humana, debemos pensar que Jesús también lo hizo por nosotros. Así como murió por nosotros, vivió con rectitud por nosotros».

Como nuestro representante, presenta a Dios una respuesta perfecta en nombre de toda la humanidad.

Somos salvos por su obediencia (Romanos 5:19), y eso incluye su fe. Nuestra salvación descansa en Jesús, el fundamento perfecto.

Como nuestro Sumo Sacerdote, Jesús toma nuestras respuestas, las perfecciona y las entrega al Padre, todo en el Espíritu. Como nuestro mediador (1 Timoteo 2:5), nos ministra de parte de Dios y nos representa en nuestra relación con Él. Por eso, nos unimos a él en su respuesta.

El papel de la elección humana³⁰ Lo que Dios ha hecho en Cristo para reconciliarnos consigo mismo exige una respuesta.

Se nos invita a aceptarlo, a acogerlo y a recibirlo.

Lo hacemos confiando en él y en lo que ha logrado por nosotros. El Espíritu Santo nos capacita para aceptar

libremente la verdad y caminar en ella.

Pero Dios no nos obliga a aceptar la verdad de su amor por nosotros.

Un amor que obligara a un amor recíproco no sería amoroso. El amor de Dios exige, entonces, nuestra decisión de recibir libremente y amar libremente a Dios a cambio.

Nuestra elección es afirmar o negar la realidad de que Dios nos ama y ha dispuesto todo para que seamos sus hijos.

Negar esta verdad tiene consecuencias, pero no cambiará la realidad de lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo ni, por lo tanto, quiénes somos en Cristo.

Los seres humanos eligen aceptar quién es Cristo o intentar vivir negándolo.

La verdadera libertad se encuentra en Dios, como nos recuerda el teólogo Karl Barth:

«La verdadera libertad del hombre se decide por el hecho de que Dios es su Dios. En libertad, solo puede elegir ser el hombre de Dios, es decir, estar agradecido a Dios. Con cualquier otra opción, simplemente estaría tanteando en el vacío, traicionando y destruyendo su verdadera humanidad. En lugar de elegir la libertad, ³¹estaría eligiendo la esclavitud» (Dogmática de la Iglesia IV.1, pág. 43).

Entonces, ¿cuál es nuestro lugar en todo esto?

Elegimos aceptar a Jesús y todo lo que ofrece o rechazarlo. A través del Espíritu, Dios Padre llama a todas las personas a depositar su confianza en Jesús con un corazón agradecido y

esperanzado, y a compartir con otros creyentes en el Cuerpo de Cristo, que es la iglesia.

Al celebrar juntos en comunidades de fe y adoración, nuestras vidas se transforman.

Respuesta personal Jesús llamó a la gente a arrepentirse y creer (Marcos 1:15). La iglesia primitiva continuó este mensaje, llamando a la gente a arrepentirse, a ser bautizada (Hechos 2:38), y a ser transformada (3:19).

Nuestra respuesta es importante. El apóstol Pablo escribe en Romanos 5:17 que: “Los que recibieren la abundante provisión de la gracia de Dios y del don gratuito de la justicia reinarán en la vida”.

La gracia abundante y gratuita nos llama a recibirla en la fe. En Romanos 5, Pablo entrelaza:

Elementos de la realidad realizada por Cristo en nombre de toda la humanidad, y

Nuestra respuesta y participación en esa relación y realidad.

Debemos tener cuidado de no confundir lo que es verdad en Jesús para toda la humanidad con la respuesta de cada persona a esa verdad.

32

El don de Dios se ofrece a todos para que todos lo reciban. Se recibe al tener fe en lo que Dios, en Cristo, mediante el Espíritu Santo, ha hecho por nosotros.

Es por la fe en la gracia de Dios que comenzamos a participar en la relación que Jesús restauró y a recibir los beneficios que conlleva.

¿Significa esto que somos salvos por una fe que cultivamos?

¿Depende nuestra salvación de cuán grande y sincero sea nuestro arrepentimiento o nuestra fe? No, porque entonces la salvación dependería de algo que hagamos, en lugar de depender solo de la gracia.

La buena noticia es que nuestra salvación no depende de lo que hagamos; no depende de la fuerza de nuestra fe ni de nuestro arrepentimiento. Depende de la fuerza de nuestro Salvador, de su fidelidad. Él murió por nosotros. El don nos ha sido dado; nuestro arrepentimiento y nuestra fe son simplemente respuestas a lo que Dios nos ha dado.

Jesús ha hecho todo lo necesario para nuestra salvación de principio a fin, por lo que incluso nuestras respuestas de arrepentimiento y fe son dones que nos permiten participar de las respuestas perfectas que Jesús nos ha dado como nuestro fiel mediador.

Como explicó Thomas Torrance: «Si queremos pensar en la fe como una actividad humana, debemos pensar que Jesús también lo hizo por nosotros. Así como murió por nosotros, vivió con rectitud por nosotros».

Como nuestro representante, presenta a Dios una respuesta perfecta en nombre de toda la humanidad.

Somos salvos por su obediencia (Romanos 5:19), y eso incluye su fe. Nuestra salvación descansa en Jesús, el fundamento perfecto.

Como nuestro Sumo Sacerdote, Jesús toma nuestras respuestas, las perfecciona y las entrega al Padre, todo en el Espíritu. Como nuestro mediador (1 Timoteo 2:5), nos ministra

de parte de Dios y nos representa en nuestra relación con Él. Por eso, nos unimos a él en su respuesta.

El papel de la elección humanaLo que Dios ha hecho en Cristo para reconciliarnos consigo mismo exige una respuesta.

Se nos invita a aceptarlo, a acogerlo y a recibirlo.

Lo hacemos confiando en él y en lo que ha logrado por nosotros. El Espíritu Santo nos capacita para aceptar libremente la verdad y caminar en ella.

Pero Dios no nos obliga a aceptar la verdad de su amor por nosotros.

Un amor que obligara a un amor recíproco no sería amoroso. El amor de Dios exige, entonces, nuestra decisión de recibir libremente y amar libremente a Dios a cambio.

Nuestra elección es afirmar o negar la realidad de que Dios nos ama y ha dispuesto todo para que seamos sus hijos.

Negar esta verdad tiene consecuencias, pero no cambiará la realidad de lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo ni, por lo tanto, quiénes somos en Cristo.

Los seres humanos eligen aceptar quién es Cristo o intentar vivir negándolo.

34

La verdadera libertad se encuentra en Dios, como nos recuerda el teólogo Karl Barth:

«La verdadera libertad del hombre se decide por el hecho de que Dios es su Dios. En libertad, solo puede elegir ser el hombre de Dios, es decir, estar agradecido a Dios. Con cualquier otra opción, simplemente estaría tanteando en el

vacío, traicionando y destruyendo su verdadera humanidad. En lugar de elegir la libertad, estaría eligiendo la esclavitud» (Dogmática de la Iglesia IV.1, pág. 43).

Entonces, ¿cuál es nuestro lugar en todo esto?

Elegimos aceptar a Jesús y todo lo que ofrece o rechazarlo. A través del Espíritu, Dios Padre llama a todas las personas a depositar su confianza en Jesús con un corazón agradecido y esperanzado, y a compartir con otros creyentes en el Cuerpo de Cristo, que es la iglesia.

Al celebrar juntos en comunidades de fe y adoración, nuestras vidas se transforman.

Respuesta personal Jesús llamó a la gente a arrepentirse y creer (Marcos 1:15). La iglesia primitiva continuó este mensaje, llamando a la gente a arrepentirse, a ser bautizada (Hechos 2:38), y a ser transformada (3:19).

Nuestra respuesta es importante. El apóstol Pablo escribe en Romanos 5:17 que: “Los que recibieren la abundante provisión de la gracia de Dios y del don gratuito de la justicia reinarán en la vida”.

La gracia abundante y gratuita nos llama a recibirla en la fe. En Romanos 5, Pablo entrelaza:

Elementos de la realidad realiz³⁵ada por Cristo en nombre de toda la humanidad, y

Nuestra respuesta y participación en esa relación y realidad.

Debemos tener cuidado de no confundir lo que es verdad en Jesús para toda la humanidad con la respuesta de cada persona a esa verdad.

El don de Dios se ofrece a todos para que todos lo reciban. Se recibe al tener fe en lo que Dios, en Cristo, mediante el Espíritu Santo, ha hecho por nosotros.

Es por la fe en la gracia de Dios que comenzamos a participar en la relación que Jesús restauró y a recibir los beneficios que conlleva.

¿Significa esto que somos salvos por una fe que cultivamos? ¿Depende nuestra salvación de cuán grande y sincero sea nuestro arrepentimiento o nuestra fe? No, porque entonces la salvación dependería de algo que hagamos, en lugar de depender solo de la gracia.

La buena noticia es que nuestra salvación no depende de lo que hagamos; no depende de la fuerza de nuestra fe ni de nuestro arrepentimiento. Depende de la fuerza de nuestro Salvador, de su fidelidad. Él murió por nosotros. El don nos ha sido dado; nuestro arrepentimiento y nuestra fe son simplemente respuestas a lo que Dios nos ha dado.

Jesús ha hecho todo lo necesario para nuestra salvación de principio a fin, por lo que incluso nuestras respuestas de arrepentimiento y fe son dones que nos permiten participar de las respuestas perfectas que Jesús nos ha dado como nuestro fiel mediador.

Como explicó Thomas Torrance: «Si queremos pensar en la fe como una actividad humana, debemos pensar que Jesús también lo hizo por nosotros. Así como murió por nosotros, vivió con rectitud por nosotros».

Como nuestro representante, presenta a Dios una respuesta perfecta en nombre de toda la humanidad.

Somos salvos por su obediencia (Romanos 5:19), y eso incluye su fe. Nuestra salvación descansa en Jesús, el fundamento perfecto.

Como nuestro Sumo Sacerdote, Jesús toma nuestras respuestas, las perfecciona y las entrega al Padre, todo en el Espíritu. Como nuestro mediador (1 Timoteo 2:5), nos ministra de parte de Dios y nos representa en nuestra relación con Él. Por eso, nos unimos a él en su respuesta.

El papel de la elección humanaLo que Dios ha hecho en Cristo para reconciliarnos consigo mismo exige una respuesta.

Se nos invita a aceptarlo, a acogerlo y a recibirlo.

Lo hacemos confiando en él y en lo que ha logrado por nosotros. El Espíritu Santo nos capacita para aceptar libremente la verdad y caminar en ella.

Pero Dios no nos obliga a aceptar la verdad de su amor por nosotros.

Un amor que obligara a un amor recíproco no sería amoroso. El amor de Dios exige, entonces, nuestra decisión de recibir libremente y amar libremente a Dios a cambio.

Nuestra elección es afirmar o negar la realidad de que Dios nos ama y ha dispuesto todo para que seamos sus hijos.

Negar esta verdad tiene consecuencias, pero no cambiará la realidad de lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo ni, por lo tanto, quiénes somos en Cristo.

Los seres humanos eligen aceptar quién es Cristo o intentar vivir negándolo.

La verdadera libertad se encuentra en Dios, como nos recuerda el teólogo Karl Barth:

«La verdadera libertad del hombre se decide por el hecho de que Dios es su Dios. En libertad, solo puede elegir ser el hombre de Dios, es decir, estar agradecido a Dios. Con cualquier otra opción, simplemente estaría tanteando en el vacío, traicionando y destruyendo su verdadera humanidad. En lugar de elegir la libertad, estaría eligiendo la esclavitud» (Dogmática de la Iglesia IV.1, pág. 43).

Entonces, ¿cuál es nuestro lugar en todo esto?

Elegimos aceptar a Jesús y todo lo que ofrece o rechazarlo. A través del Espíritu, Dios Padre llama a todas las personas a depositar su confianza en Jesús con un corazón agradecido y esperanzado, y a compartir con otros creyentes en el Cuerpo de Cristo, que es la iglesia.

Al celebrar juntos en comunidades de fe y adoración, nuestras vidas se transforman.

Respuesta personal Jesús llamó a la gente a arrepentirse y creer (Marcos 1:15). La iglesia primitiva continuó este mensaje, llamando a la gente a arrepentirse, a ser bautizada (Hechos 2:38), y a ser transformada (3:19).

Nuestra respuesta es importante. El apóstol Pablo escribe en Romanos 5:17 que: “Los que recibieren la abundante provisión de la gracia de Dios y del don gratuito de la justicia reinarán en la vida”.

La gracia abundante y gratuita nos llama a recibirla en la fe. En Romanos 5, Pablo entrelaza:

Elementos de la realidad realizada por Cristo en nombre de toda la humanidad, y
Nuestra respuesta y participación en esa relación y realidad.

Debemos tener cuidado de no confundir lo que es verdad en Jesús para toda la humanidad con la respuesta de cada persona a esa verdad.

El don de Dios se ofrece a todos para que todos lo reciban. Se recibe al tener fe en lo que Dios, en Cristo, mediante el Espíritu Santo, ha hecho por nosotros.

Es por la fe en la gracia de Dios que comenzamos a participar en la relación que Jesús restauró y a recibir los beneficios que conlleva.

¿Significa esto que somos salvos por una fe que cultivamos?
¿Depende nuestra salvación de cuán grande y sincero sea nuestro arrepentimiento o nuestra fe? No, porque entonces la salvación dependería de algo que hagamos, en lugar de depender solo de la gracia.

La buena noticia es que nuestra salvación no depende de lo que hagamos; no depende de la fuerza de nuestra fe ni de nuestro arrepentimiento. Depende de la fuerza de nuestro Salvador, de su fidelidad. Él murió por nosotros. El don nos ha sido dado; nuestro arrepentimiento y nuestra fe son simplemente respuestas a lo que Dios nos ha dado.

Jesús ha hecho todo lo necesario para nuestra salvación de principio a fin, por lo que incluso nuestras respuestas de

arrepentimiento y fe son dones que nos permiten participar de las respuestas perfectas que Jesús nos ha dado como nuestro fiel mediador.

Como explicó Thomas Torrance: «Si queremos pensar en la fe como una actividad humana, debemos pensar que Jesús también lo hizo por nosotros. Así como murió por nosotros, vivió con rectitud por nosotros».

Como nuestro representante, presenta a Dios una respuesta perfecta en nombre de toda la humanidad.

Somos salvos por su obediencia (Romanos 5:19), y eso incluye su fe. Nuestra salvación descansa en Jesús, el fundamento perfecto.

Como nuestro Sumo Sacerdote, Jesús toma nuestras respuestas, las perfecciona y las entrega al Padre, todo en el Espíritu. Como nuestro mediador (1 Timoteo 2:5), nos ministra de parte de Dios y nos representa en nuestra relación con Él.

Por eso, nos unimos a él en su respuesta.